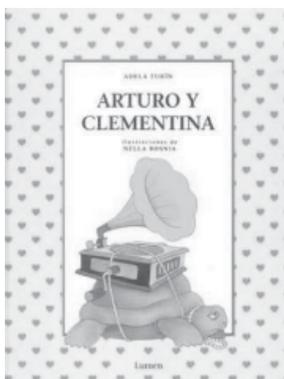

ARTURO Y CLEMENTINA DE ADELA TURÍN

UN CUENTO Y UNA AUTORA A FAVOR DE LAS NIÑAS

Isabel Zerpa A.
isabelza4@hotmail.com
CEM-UCV



Hemos seleccionado este relato, como una contribución para la reflexión sobre lo que se puede hacer en la literatura infantil, desde una perspectiva feminista y con enfoque para la equidad de género. *Arturo y Clementina* de Adela Turín, se ha convertido en uno de los cuentos más emblemáticos con perspectiva feminista, escrito durante los años setenta, en un momento muy significativo en la historia del Feminismo. La temática que desarrolla, a favor de las mujeres y las niñas, es presentada de una forma magistral y elabora literariamente, la discriminación y la violencia simbólica de género que podemos desarrollar a través de las palabras. Es a través de éstas, que creamos y recreamos el mundo y también a través de ellas, reproducimos los estereotipos de género que se inculcan desde la infancia.

Adela Turín es una de las autoras que durante los años setenta, contribuyó a la reflexión y al análisis de los sesgos sexistas, presentes en nuestra cultura y establecida durante siglos por el patriarcado. A través del discurso desarrollado en sus relatos y de las imágenes plasmadas en los cuentos, crea un espacio para poner en contacto a niñas y niños con esta temática y para generar la reflexión crítica en las personas que tienen bajo su responsabilidad, su formación.

Adela Turín, historiadora del arte y escritora, fundó junto con Nela Bosnia, la ilustradora de muchas de sus primeras obras, la editorial «Dalla parte delle bambine», con sede en Milán. Allí, entre 1975 y 1980, aparecieron más de una veintena de cuentos, que Adela Turín escribía a favor de las niñas, como indica el nombre de la editorial, y que tuvieron una gran influencia en muchas maestras y mujeres implicadas en la lucha por la igualdad. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas y publicadas en diferentes países (en España por Lumen). Entre sus cuentos más conocidos, destacan: Arturo y Clementina Historia de los bonobos con gafas, Una feliz catástrofe, Rosa Caramelo, Cañones y Manzanas, Los gigantes orejudos, La chaqueta remendada, Las hierbas mágicas, Las cajas de cristal, La herencia del hada, Nunca jamás.

Ha pasado el tiempo, pero todavía estos relatos se mantienen vigentes en la defensa de una educación con mayor equidad para las niñas, los niños y las mujeres. La mayoría de estos relatos los encontramos hoy en día en diferentes versiones en diversas redes sociales, sugerimos la búsqueda y la lectura de los mismos, no sólo en el espacio escolar para desarrollar contenidos y estrategias en los espacios académicos de las aulas; también en el entorno familiar, se podría hacer uso de las tecnologías, en su amplísima variedad. Hace falta llevar a casa, el uso de las tecnologías, con un sentido creativo, productivo y especialmente, a favor de las mujeres y las niñas. Estas búsquedas y estos relatos, con seguridad, nos llevarán a otras y a otros autores y a experiencias narrativas y otras expresiones de la literatura en las que se abordan temas similares de interés.

La versión que presentamos de *Arturo y Clementina*, puede ser adaptada también para ser narrada oral y escénicamente y también para ser representada en teatro.

ARTURO Y CLEMENTINA

NARRADOR. Un hermoso día de primavera Arturo y Clementina, dos jóvenes y hermosas tortugas rubias se conocieron al borde de un estanque y aquella misma tarde descubrieron que estaban enamorados.

Clementina, alegre y despreocupada, hacía muchos proyectos para su vida futura mientras paseaban los dos a orillas del estanque y pescaban alguna cosilla para la cena.

CLEMENTINA. Ya verás qué felices seremos. Viajaremos y descubriremos otros lagos y otras tortugas diferentes, y encontraremos otra clase de peces y otras plantas y flores en la orilla... ¡Será una vida estupenda! Iremos incluso al extranjero. ¿Sabes una cosa? Siempre he querido visitar Venecia...

ARTURO. (Sonriendo vagamente). Sí.

NARRADOR. Pero los días transcurrían iguales al borde del estanque. Arturo había decidido pescar él solo para los dos y así Clementina podría descansar. Llegaba a la hora de comer con renacuajos y caracoles.

ARTURO. ¿Cómo estás, cariño? ¿Lo has pasado bien?

CLEMENTINA.-(Suspirando) ¡Me he aburrido mucho! ¡Todo el día sola esperándote!

ARTURO.-(Gritando indignado) ¡ABURRIDO! ¿Dices que te has aburrido? Busca algo que hacer. El mundo está lleno de ocupaciones interesantes. ¡Sólo se aburren los tontos!

NARRADOR. A Clementina le daba mucha vergüenza ser tonta, y hubiera querido no aburrirse tanto, pero no podía evitarlo. Un día, cuando volvió Arturo...

CLEMENTINA. Me gustaría tener una flauta. Aprendería a tocarla, inventaría canciones, y eso me entretendría.

ARTURO. ¿TÚ? ¿Tocar la flauta tú? ¡Si ni siquiera distingues las notas! Eres incapaz de aprender. No tienes oído.

NARRADOR.- Aquella misma noche, Arturo compareció con un hermoso tocadiscos y loató bien a la casa de Clementina.

ARTURO. Así no lo perderás. ¡Eres tan distraída...!

CLEMENTINA.- Gracias.

NARRADOR.- Pero aquella noche, antes de dormirse, estuvo pensando por qué tenía que llevar a cuestas aquel tocadiscos tan pesado en lugar de una flauta ligera, y si era verdad que no hubiera llegado a aprender las notas y que era distraída. Pero después, avergonzada, decidió que tenía que ser así, puesto que Arturo, tan inteligente, lo decía. Suspiró resignada y se durmió.

Durante unos días, Clementina escuchó el tocadiscos. Después se cansó. Era, de todos modos, un objeto bonito y se entretuvo limpiándolo y sacándole brillo; pero al poco tiempo volvió a aburrirse.

Un atardecer, mientras contemplaban las estrellas a orillas del estanque silencioso...

CLEMENTINA. Sabes, Arturo, algunas veces veo unas flores tan bonitas, de colores tan extraños, que me dan ganas de llorar... Me gustaría tener una caja de acuarelas y poder pintarlas.

ARTURO. (Riéndose) ¡Vaya idea ridícula! ¿Es que te crees una artista? ¡Qué bobada!

CLEMENTINA. (Aparte) Vaya, ya he vuelto a decir una tontería. Tendré que andar con mucho cuidado o Arturo va a cansarse de tener una mujer tan estúpida...

NARRADOR. Y se esforzó en hablar lo menos posible. Arturo se dio cuenta en seguida.

ARTURO. (Aparte) Tengo una compañera aburrida de veras. No habla nunca y, cuando habla, no dice más que disparates.

NARRADOR. Pero debía sentirse un poco culpable y, a los pocos días, se presentó con un paquetón.

ARTURO. Mira, he encontrado a un amigo mío pintor y le he comprado un cuadro para ti. Estarás contenta, ¿no? Decías que el arte te interesa. Pues ahí lo tienes. Átalo bien porque, con lo distraída que tú eres, ya veo que acabarás por perderlo.

NARRADOR. La carga de Clementina aumentaba poco a poco. Un día se añadió un florero de Murano.

ARTURO. ¿No decías que te gustaba Venecia? Tuyo es. Átalo bien para que no se te caiga. ¡Eres tan descuidada!

NARRADOR. Otro día llegó una colección de pipas austriacas dentro de una vitrina. Después una enciclopedia...

CLEMENTINA. (Suspirando) Si por lo menos supiera leer...

NARRADOR. Llegó un momento en que fue necesario añadir un segundo piso. Con la casa de dos pisos a sus espaldas, ya no podía ni moverse. Arturo le llevaba la comida y esto le hacía sentirse importante.

ARTURO. ¿Qué harías tú sin mí?

CLEMENTINA. (Suspirando) Claro. ¿Qué haría yo sin ti?

NARRADOR. Poco a poco la casa de dos pisos quedó también completamente llena. Pero ya casi tenían la solución: tres pisos más se añadieron ahora a la casa de Clementina que hacía ya mucho tiempo que se había convertido en un rascacielos.

Una mañana de primavera decidió que aquella vida no podía seguir más tiempo. Salió sigilosamente de la casa y se dio un paseo: fue muy hermoso, pero muy corto. Arturo volvía a casa para el almuerzo y debía encontrarla esperándole. Como siempre.

Pero, poco a poco el paseito se convirtió en una costumbre y Clementina se sentía cada vez más satisfecha de su nueva vida. Arturo no sabía nada, pero sospechaba que ocurría algo.

ARTURO. ¿De qué demonios te ríes? Pareces tonta.

NARRADOR. Pero Clementina esta vez no se preocupó en absoluto. Ahora salía de casa en cuanto Arturo volvía la espalda y él la encontraba cada vez más extraña, y encontraba la casa cada vez más desordenada. Pero Clementina empezaba a ser verdaderamente feliz y las regañinas de Arturo ya no le importaban.

Y un día Arturo encontró la casa vacía. Se enfadó muchísimo y no entendió nada. Años más tarde seguía contándoles lo mismo a sus amigos.

ARTURO. Realmente era una ingrata la tal Clementina. No le faltaba de nada. ¡Veinticinco pisos tenía su casa, y todos llenos de tesoros!

NARRADOR. Las tortugas viven muchísimos años y es posible que Clementina siga viajando feliz por el mundo. Es posible que toque la flauta y haga hermosas acuarelas de plantas y flores. Si encuentras una tortuga sin casa, intenta llamarla: ¡Clementina! ¡Clementina! Y si te contesta, seguro que es ella.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Turín, A. (1976). *Arturo y Clementina*. Editorial Lumen.